



@Derechos reservados 2017 Peter Vergara

María, el monstruo que no esperábamos...

Al momento de escribir esta serie de artículos, lo único que me motivaba a hacerlo era plasmar por escrito los sucesos de esa amarga fecha del 20 de septiembre de 2017 cuando María irrumpió violentamente en nuestra isla y en nuestras vidas y trastocó todo por entero. Fueron largas horas de agonía en la oscuridad que despertaron en nosotros viejos terrores de cuando éramos niños y nos hallábamos solos en la casa en medio las sombras de la noche, y no osábamos gritar pidiendo auxilio porque la voz no nos salía y nuestro cuerpo no respondía ni siquiera para echar a correr. Terrores que nos paralizaron entonces, horrores que nos derrotan ahora, e incertidumbre de un futuro que no sabemos si llegará a ser normal como antes. Le pido a Dios mucha fortaleza para los que perdieron todo, y entereza para comprender que la vida puede comenzar después de una larga noche de dolor...

VIENTOS Y OSCURIDAD (EL MONSTRUO NOS ATACÓ I)

Durante esa madrugada aciaga del 20 de septiembre del año 2017, los fuertes vientos azotaron inmisericordemente mi residencia en Manatí, pero también la de miles de hogares, que, en medio de la oscuridad, tuvieron que soportar y resistir lo irremediable de la cruel situación a la que nos enfrentábamos como individuos, pero a la vez como pueblo.

Las horas de esa madrugada trascurrieron lentamente, y cuando más tranquilos tratábamos de permanecer, saltábamos asustados cuando una ráfaga furiosa de María golpeaba nuestras ventanas, y sacudía hasta los cimientos de nuestras casas. Las tormenteras oscilaban como hojas de papel ante los embates huracanados del fenómeno atmosférico que dejó a oscuras a nuestro país durante esa noche y día interminable, y los paneles puestos a última hora aguantaban a duras penas el castigo que no parecía terminar.

Mientras pasaban las horas, un pueblo completo se unió en oración para que el monstruo se largara de nuestros lares borincanos, y enfilara hacia otros rumbos en los que no pudiese causar la catástrofe que sufrimos aquí.

Fue larga la espera.

Incomunicados totalmente. A ciegas. La oscuridad envolvía y estrujaba nuestros corazones de miedo ante lo inevitable, e impotentes asistíamos a la función desastrosa de la naturaleza que, finalmente, no obstante ser una isla que en infinitas ocasiones había escapado a estas situaciones, nos había llegado la hora de sufrir las penurias que otros pueblos ya habían experimentado en días recientes.

Las aterradoras ráfagas de viento, el agua que inundaba las tierras y carreteras de Puerto Rico, los ríos desbordados ahogando nuestras esperanzas de un restablecimiento rápido, el silencio de esa noche y día que nada bueno presagiaba, la caída violenta de las comunicaciones, y la desazón que nos invadía a cada minuto que pasaba, fueron minando lentamente la confianza de nuestro espíritu, y nos preparamos para lo peor.

No tardó mucho en llegar. Las malas noticias vuelan como pájaros asustados cuando huyen de la muerte, y cuando esporádicamente por diversos medios nos fuimos enterando de los daños causados, más nuestra alma se resquebrajaba ante el dolor de la pérdida que presentíamos.

Pérdidas humanas y materiales. La destrucción entera de una isla. Casas, edificios, carreteras, terrenos, bellezas naturales, playas, campos, en fin, todo lo que en su momento representaban la esencia puertorriqueña, nuestra identidad de pueblo y orgullo.

Cuando al fin salimos de nuestros hogares, el clamor adolorido de todos nosotros se escuchó a viva voz.

No podíamos, ni queríamos, creer en tanta destrucción. Masiva. Sin distinciones. Ricos y pobres. Urbanizaciones exclusivas y residenciales públicos. Pueblo y campo. A todos nos tocó de una u otra forma. Mucho o poco.

Pero nos tocó.

Y era cuestión de aceptarlo, dejar los lamentos para otra ocasión, y comenzar nuevamente con nuestras vidas, la mismas que se habían paralizado desde ese día del 20 de septiembre.

Las horas que preceden al amanecer siempre son oscuras, desalentadoras, y muy tristes en ocasiones. Tuvimos que atravesar esas horas, y aún no vemos la luz del día, pero poco a poco eso llegará.

¿Cuándo?

Cuando dejemos atrás la burocracia rampante que existe, el conformismo con lo que nos den, las criticas destructivas que en nada aportan a este llamado levantamiento de un pueblo, el esperar por lo que a veces no merecemos, y nos enfoquemos solamente en levantarnos cada mañana con una sola idea en mente: empezar de nuevo, desde cero, unidos al fin en un solo propósito, pues como pueblo lo sufrimos, pero también como pueblo debemos seguir adelante sin mirar atrás...

AMANECIENDO EN EL DOLOR (MARÍA: EL MONSTRUO NOS ATACÓ 2)

Largas horas hasta el amanecer de un día que sería, sin nosotros saberlo todavía, bastante pesaroso y el inicio de la incertidumbre que a partir de ese momento reinaría en una isla no acostumbrada a los designios inesperados y crueles de la naturaleza.

La oscuridad invadía nuestras calles, y el azote cruel del monstruo todavía nos retumbaba en los oídos y estrujaba el corazón. La desolación completa era inevitable, pues un poco después despertaríamos a la realidad de que no había sido ligero ni remediable el embate.

Fue más de lo que pensamos, y de lo que nunca pudimos imaginar.

La naturaleza se cobraba la deuda contraída por largo tiempo sin tocarnos, y su cruel faz asomaba la sonrisa feroz por todos los rincones de nuestra islita.

No era el momento de rumiar nuestra impotencia. ¿Para qué? No servía para nada el lamento borincano, ni el crujir de dientes y lloro ahogado que pugnaba por salir deslizándose por

las mejillas del puertorriqueño orgulloso de sus raíces, pero débil ante lo irremediable.

Paso a paso nos acercamos a los destrozos causados por el fenómeno, y muy lentamente fuimos asimilando la noción de que jamás volveríamos a ser iguales ante el destino y la vida.

Nos levantaríamos, eso sí, pero a costa de muchos sacrificios y dolor.

Las cosas cambian, y no para mejorar. Muchas veces es para despertar, para comenzar nuevamente la vida ante la muerte, la que se llevó parte de una historia, pero no de nuestro recuerdo.

Ese no muere cuando la rendición no está en nuestro vocabulario. La desazón huye veloz cuando lo enfrentamos con decisión, aunque en esos primeros momentos no podíamos pensar claramente ante la oscuridad que se mostraba ante nosotros.

Años perdidos en la falsa planificación que jamás existió, buenas intenciones que no llegaron a cuajar por la indolencia de muchos funcionarios públicos y de la comunidad que no lo deseaban por diversos y oscuros motivos, leyes que no afloraron a la superficie en aras de mejorar lo que se podía mejorar pero que no se quería con fervor. Todo en mayor o menor escala contribuyó en parte al descalabro social y económico que sobrevino una vez amainaron los violentos

vientos que descalabraron nuestra historia hasta convertirla en un intento futuro por reescribirla si se podía.

Si se podía.

En pocas horas el derrotero de nuestras existencias se paralizó. Tristeza y dolor ante el cuadro tétrico de una sociedad destrozada hasta sus raíces; ojos cerrados para no ver la magnitud de lo que tendríamos que levantar nuevamente para tratar de recuperar, aunque fuera una ínfima parte de nuestra idiosincrasia de pueblo.

Aislados e incomunicados durante esas primeras horas que luego se convertirían en interminables días sumidos en la desesperación y oscuridad que nos rodeaba.

Nada podíamos hacer. Solamente esperar. Pedirle a Dios que la situación no fuese tan grave, aunque nuestros resquebrajados espíritus sabían que sí. Era innegable. Bastaba con atisbar solamente un momento hacia las calles aledañas a nuestras casas, a los montes despojados de sus verdes ramas que habían volado junto con las violentas ráfagas que parecían no querer terminar, y esporádicamente, aunque ya María había dejado atrás nuestras costas, aún su presencia se dejaba sentir en mi islita amada.

No esperamos. La incertidumbre era demasiada, y no queríamos quedarnos de brazos cruzados aguardando por noticias de destrucción masiva que pronto llegarían.

Así que, armados de fortaleza y decisión para enfrentar lo desconocido, salimos.

Nuestra incredulidad se convirtió en certeza; el presentimiento en realidad.

Frente a nosotros observamos acongojados la pintura dantesca de lo que sería el caminar puertorriqueño de ahí en adelante, y también la convicción real de que nos esperaba una labor titánica que era impostergable. Tendríamos que renacer en todos los aspectos.

Pero sería un renacer que tendría que partir de nosotros, no de ayudas externas ni de nada parecido. La patria, una sociedad, una cultura única y especial, se crea entre todos, y la historia y tradiciones junto a todas esas cosas únicas que nos identifican como puertorriqueños e hijos de Dios.

Si la ayuda es ofrecida, bienvenida, pero la responsabilidad de levantar a Puerto Rico no podía ser compartida con recursos externos ni de migajas que quisieran arrojarnos. Era, y es, nuestro deber el volver a la ruta correcta de lo que una vez fuimos, pero que quedó en suspenso luego de los embates huracanados de un fenómeno difícil de olvidar, pero no imposible, pues nos marcó un antes y después de María.

Pero el ahora era lo que debíamos reconstruir, así que, con lágrimas en los ojos y un corazón contrito, dimos ese primer paso...

LA AGONÍA DE LA ESPERA...

(MARÍA: EL MONSTRUO NOS ATACÓ 3)

Luego de atrevernos a dar ese primer paso y salir de nuestras casas para conocer todos los daños causados por la furia de María, pudimos constatar que la realidad superaba con creces la ficción, y el concepto posiblemente erróneo que teníamos de la fuerza destructora de un huracán categoría 5, o 4 como algunos entendidos en climatología propagaron semanas después por los medios noticiosos.

Como sea, nos impactó totalmente, y quizás en algunos pueblos más destrucción causó, pero lo que no debemos negar es que nuestras vidas cambiaron a partir de esa noche y madrugada del 20 de septiembre de 2017.

Sentimos un desgarramiento en nuestro corazón al ver las primeras escenas.

Nada quedaba de la indiferencia y broma con que muchas personas tomaron los informes meteorológicos y del gobierno.

No iba a pasar. Se desviaría, como siempre.

Yo personalmente no tomé las cosas a broma, pero estaba esperando de que sucedería exactamente lo que muchos puertorriqueños anhelaban y pronosticaban.

Cuando quisimos reaccionar ante la magnitud del monstruo, ya era un poco tarde.

Algunos se prepararon debidamente, e invadieron los supermercados para compras necesarias de última hora. Otros, prefirieron llenar sus neveras imprudentemente de carnes y alimentos que no durarían más de 3 o 4 días sin refrigeración, en lugar de provisiones no perecederas como la siempre presente jamonilla, salchichas y Chef Boyardee. El manjar preferido y obligatorio de los puertorriqueños ante eventos de tal naturaleza. El agua, las baterías para las linternas y las velas tampoco podían faltar. Con la prisa, algunos olvidaron los cerillos o fósforos para encender las velas. Otros, hasta suplir de gasolina los carros y retirar dinero del cajero automático.

Como a mí, lo reconozco.

Pero nos preparamos, que era lo importante.

Aunque por muy pocos días. Irma, el otro ciclón que precedió a María, había dejado los bolsillos vacíos y una actitud de indiferencia ante las noticias de que una catástrofe huracanada se acercaba a pasos agigantados en dirección a Puerto Rico.

Nada iba a suceder, y si lo hacía, los daños serian mínimos.

Era nuestra esperanza.

Las ráfagas de 150 millas o más por hora acabaron con esa ínfima posibilidad.

El monstruo no hizo excepciones. Era la hora de la realidad que viviríamos de ahí en adelante por muchos años.

Y tuvimos que aceptarlo así. No podíamos negarlo, aunque quisiéramos.

Miles de familias perdieron sus propiedades, negocios completos fueron desaparecidos tanto por los vientos como por el agua que se desbordó de los cuerpos de agua. Las carreteras quedaron intransitables por los postes y cables caídos y por la devastación de sus estructuras.

Comunidades enteras quedaron aisladas sin comunicación y también por no poder salir de las mismas debido a la caída de caminos vecinales, puentes y árboles.

El aniquilamiento sistemático fue increíble.

Automáticamente, decenas de miles de empleados quedaron en la calle en medio de la imprevista embestida del fenómeno.

Los sistemas bancarios colapsaron totalmente, y el retiro de dinero para poder subsistir quedó en manos de algunas escasas entidades, mayormente bancos, pues las cooperativas tardaron un poco más en restablecer sus operaciones automatizadas.

Largas filas en los supermercados y gasolineras se convirtieron en el pan nuestro de cada día, y el levantarse a mitad de la madrugada para buscar una bolsita de hielo se transformó en una odisea riesgosa por la reinante oscuridad que

envolvía al pueblo. Hasta los mosquitos, esos inseparables amiguitos de la picada que nos atormentaban por las noches.

Pero teníamos que sobrevivir esos primeros momentos que luego se convirtieron en largos días y meses en tinieblas.

Tardarían bastante en arreglar lo que invariablemente desde hace años no funcionaba adecuadamente. Un simple viento colapsaba el sistema eléctrico.

Un huracán como María acabó con la perorata establecida y repetida, tanto por la agencia concernida como del gobierno, de que nuestro sistema resistiría un evento de esta naturaleza. Puro argumento falso que tuvieron que desechar obligatoriamente por el daño causado, postes caídos y escasez de materiales para repararlos o cambiarlos rápidamente.

No estábamos preparados. La toma de decisiones en beneficio de la ciudadanía por parte del gobierno y las dependencias de servicios esenciales como la energía eléctrica y las comunicaciones se dilató significativamente, redundando en más desesperación de un pueblo que no comprendía la razón de tanta lentitud en restablecer la normalidad a la que estábamos acostumbrados.

Desde arriba hasta abajo fallamos. Hubo decisiones acertadas, aunque lentas, pero también muchos desaciertos a la hora de fijar responsabilidades para levantarnos nuevamente. No sabían qué hacer. Comprensible de cierta manera. Nunca

nos habían golpeado y casi arrodillado así. La agonía había empezado.

Puerto Rico se levanta. Bonito eslogan, una frase representativa de la batalla que comenzaríamos para volver a ser lo que fuimos, un pueblo que jamás se rinde ante la adversidad, aunque no haya sabido luchar en infinidad de ocasiones por los derechos que nos corresponden y que gobernantes de turno violan repetidamente.

Algunos puertorriqueños tergiversan el significado real de esta frase, convirtiéndola en una especie de licencia para romper los esquemas impuestos de una sociedad establecida como ente jurídico, económico y democrático, y comportándose de la peor manera imaginable, siendo egoístas en vez de solidarios con el vecino que nos necesita y que no posee los mismos recursos que nosotros.

Si algo ha caracterizado al puertorriqueño desde tiempos inmemoriales ha sido la empatía y confraternización hacia los demás en momentos de dolor y necesidad, pero con el transcurso de los años se ha perdido una gran parte de ésta en aras de una modernización social y económica que ha derivado de desconocimiento de los valores tradicionales que nos regían como pueblo.

No somos los mismos, y duele reconocerlo. La simpatía y solidaridad de esos primeros días en que nos comunicábamos

mejor, probablemente, ha desaparecido gradualmente según se ha ido normalizando la situación.

El acercamiento al vecino y al familiar, las charlas interminables, la unión existente en medio de la adversidad bajo la luz de una vela o linterna, ha mermado, evaporado, acabado, volviendo a ser lo que éramos antes de María.

María destruyó las bases en la que nos cimentamos como pueblo, pero no acabó con el espíritu de lucha ni nuestro corazón indomable para levantarnos del empujón brutal que nos propinó. El guapo del barrio abusando del débil. Pero no somos débiles.

Sufrimos ese 20 de septiembre. Lloramos, temblamos, y le pedimos al Señor que alejara al monstruo que nos atacaba inmisericordemente y que sacudía en cada ráfaga nuestros hogares.

Nuestro angustioso clamor se escuchó, y se redujo el tiempo de ataque del huracán, pero no sin antes darnos una lección que nunca olvidaremos.

Una enseñanza de vida. Básica para que sobrevivamos y nos levantemos, como dice el eslogan. La espera convirtiéndose en fortaleza para seguir adelante.

Si realmente deseamos hacerlo, levantarnos, debemos aprender a ser humildes ante Dios, dejar a un lado nuestra prepotencia como ser humano, y enfocarnos en ser mejores

personas de ahora en adelante. Tenemos que abandonar las viejas costumbres de vivir únicamente para nosotros, y vivir también para los demás. Se puede hacer. Es cuestión de querer.

Quizás esto no sea suficiente para una próxima ocasión, porque es largo y angosto el camino por andar y mucha la indiferencia, pero ciertamente nos ayudará.

Un monstruo, por más poderoso que sea, nunca acabara con el espíritu de nuestra gente.

Muchos pensarán que María fue el final de un pueblo.

Yo creo que es el comienzo de muchas cosas buenas por venir.

Tengo fe en que así será.

Peter Vergara es el autor de estos artículos sobre el huracán María, y escritor de varios libros publicados en formato papel y digital como Susurros Mortales 1 y 2, Al Final del Abismo, Deadly Whispers, Tiempo de Hacer las Paces con mis Demonios, Tu Peor Enemigo Siempre Serás Tú y otros, en cientos de plataformas digitales literarias como Amazon, Barnes and Noble, Apple iBooks, Kobo, Scribd y otros.

Página literaria: <https://petervergara1.online>

Amazon: <https://amazon.com/author/petervergaramirez>

También lo puede visitar en sus páginas de Facebook, Twitter, Instagram, LinkedIn, Tumblr y otras.

